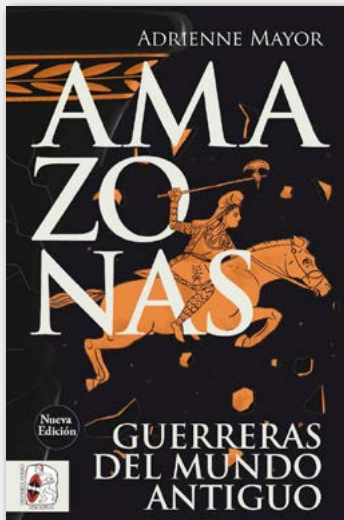


## Una obra que rompe estereotipos vivos hoy en día pero también los de hace más de dos milenios

¿Quiénes fueron en realidad esas intrépidas luchadoras que se entregaban a la guerra, la caza y la libertad sexual? ¿Existieron realmente o fueron solo un arquetipo de la otredad en la cosmovisión griega?



**Amazonas. Guerreras del mundo antiguo**  
979-13-990789-6-1  
568 páginas  
15,5 x 23,5 cm  
Rústica con solapas  
P.V.P. 28,95 €

Las Amazonas, esas fieras mujeres que habitaban en los confines del mundo conocido, fueron en los mitos griegos guerreras archienemigas de héroes como Aquiles o Hércules. Pero, ¿es adecuado emplear «míticas»? ¿Quiénes fueron en realidad esas intrépidas luchadoras que se entregaban a la guerra, la caza y la libertad sexual? ¿Existieron realmente o fueron solo un arquetipo de la otredad en la cosmovisión griega? En este extenso y profusamente ilustrado libro, Adrienne Mayor, finalista del *National Book Award* por su apasionante biografía de Mitrídates el Grande –también publicada por Desperta Ferro Ediciones– revela detalles íntimos y sorprendentes, así como nuevas hipótesis acerca de las mujeres de carne y hueso de las estepas que el mundo clásico conocería como Amazonas, para demostrar que estas guerreras no eran tan solo fruto de la imaginación helénica. Combinando el análisis de los mitos clásicos con las tradiciones de la estepa euroasiática y la arqueología, el libro *Amazonas. Guerreras del mundo antiguo* es el primer relato integral acerca de estas aguerridas mujeres, plasmadas en la mitología y la historia a lo largo y ancho del mundo antiguo, desde el mar Mediterráneo hasta la Gran Muralla china. En su criba entre realidad y mito, Mayor sigue todas las pistas posibles, desde examinar las tumbas de mujeres cuyos cuerpos momificados conservan tatuajes y heridas de guerra, hasta escrutar decenas de representaciones artísticas en cerámica griega, esculturas o monedas. ¿Quién estuvo detrás de las Hipólita que batalló contra Hércules o de la Penthesilea que se batió con Aquiles? ¿Existió la reina Talestris, que según algunos relatos esperaba concebir un hijo de Alejandro Magno? ¿Y Hipiscratea, que comandó ejércitos acompañando a su esposo Mitrídates? Una obra que rompe estereotipos vivos hoy en día, pero también los de hace más de dos milenios.



**Adrienne Mayor** es historiadora de la ciencia antigua y folclorista clásica, y desde 2006 ejerce como investigadora independiente en el Departamento de Clásicas, el de Historia y Filosofía de la Ciencia y el Programa de Tecnología de la Universidad de Stanford. Especializada en historia antigua y en el conocimiento de la naturaleza contenido en los mitos precientíficos y en las tradiciones orales, como en sus primeras obras *Fossil Legends of the First Americans* (2005) y *The First Fossil Hunters: Paleontology in Greek and Roman Times* (2011). En sus trabajos de investigación se centra en los antiguos precursores de la «ciencia popular», las técnicas de guerra alternativas y los orígenes de la inteligencia artificial y la robótica; así, con Desperta Ferro ha publicado *El rey del veneno. Mitrídates el Grande, enemigo implacable de Roma* (2017, 2.<sup>a</sup> ed. 2026), *Amazonas. Guerreras del mundo antiguo* (2017, 2.<sup>a</sup> ed. 2026), *Fuego griego, flechas envenenadas y escorpiones. La guerra química y biológica en la Antigüedad* (2018) y *Dioses y robots. Mitos, máquinas y sueños tecnológicos en la Antigüedad* (2019). Sus libros se han traducido a trece idiomas y colabora en documentales para televisión. *El rey del veneno* fue finalista del *National Book Award* de no ficción en 2009.

En librerías el miércoles 4 de marzo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



# LAS CLAVES DEL LIBRO

Mujeres guerreras, jinetes legendarias, figuras procedentes de más allá de los confines del mundo antiguo conocido, este documentadísimo estudio sitúa a las amazonas en los diversos contextos del imaginario griego.

---

Adrienne Mayor es historiadora de la ciencia antigua y folclorista clásica, y autora de obras esenciales como *El rey del veneno. Mitrídates el Grande, implacable enemigo de Roma*, *Fuego griego, flechas envenenadas y escorpiones. La guerra química y biológica en la Antigüedad* y *Dioses y robots. Mitos, máquinas y sueños tecnológicos en la Antigüedad*.

---

Un volumen que aúna historia, arqueología y antropología, navegando entre lo que cuentan las fuentes, las evidencias en yacimientos de Anatolia al Cáucaso, de la estepa rusa al Asia Central y el poso de los mitos clásicos.

---

Entre escitas y sármatas anda el juego: el origen de las amazonas, las geografías míticas y las historias que crearon los escenarios de unas mujeres independientes que fascinaron al mundo antiguo.

---

A lo largo del libro se analizan cuestiones diversas: ¿tenían un solo pecho? ¿Se tatuaban la piel? ¿Utilizaron drogas y elixires? Y nos adentramos en su mundo: los caballos, la cetrería, la vestimenta (¿utilizaban pantalones?) y las armas que las convirtieron en letales combatientes.

---

Se muestra en detalle los mitos y las tradiciones orales relacionadas con estas guerreras: de Hipólita y Heracles a Penthesilea y Aquiles, pasando por la batalla contra la Atenas de Teseo.

---

También se analizan leyendas de amazonas relacionadas con Alejandro Magno y Mitrídates del Ponto, durante el período helenístico, y la vigencia de los mitos en sociedades que ya tenían mitificadas a estas guerreras.

---

Pero no solo el escenario griego fue fecundo en leyendas de amazonas: viajamos también a Persia, Egipto, Arabia, Asia Central e incluso la China de las primeras dinastías imperiales.

---

Un libro, en última instancia, que reevalúa las amazonas y rastrea la senda que llevará a las recreaciones audiovisuales modernas en cómics y películas (*Wonder Woman*) y en series televisivas (*Xena: la princesa guerrera*).

---

# SE HA DICHO SOBRE AMAZONAS

«[...] un libro indispensable que llega en sincronía con *Wonder Woman: Amazonas, guerreras del mundo antiguo*, de Adrienne Meyer, que revisa el mito y sostiene que está basado en la existencia real de mujeres guerreras entre los nómadas de los estepas, algo que fascinó a los griegos».

Jacinto Antón, *El País*

«[...] frente a este constructo mítico que describe a las Amazonas como fieras salvajes, y frente al asimismo equivocado constructo historiográfico que las concibe como meros seres imaginarios, Adrienne Mayor presenta lo que ella misma denomina como una auténtica “enciclopedia amazónica”».

Maria Fernández Portaencasas, *El Debate de hoy*

«Es este libro reseñado un amplio, detallado, concienzudo y a la vez ameno e interesantísimo ensayo sobre la vida y las leyendas que rodean a las mujeres guerreras en el mundo antiguo».

*Hislibris*

«Un brillante ensayo de Adrienne Mayor sobre las Amazonas cuya tesis de fondo es que su leyenda encuentra una realidad histórica palpable en los contactos de los griegos con el mundo escita y el paradójico recuerdo del comportamiento sociopolítico de sus mujeres. [...] Es una aportación muy relevante a la historia antigua, pues representa el primer relato integral acerca de estas mujeres guerreras en mitos e historia desde el mundo mediterráneo hasta China, una suerte de “enciclopedia amazónica”».

David Hernández de la Fuente, *La Razón*

«Un viaje cautivador a las fuentes históricas y arqueológicas a través de las que las Amazonas son devueltas de ese universo mítico al que habían sido relegadas para recuperar su papel histórico. [...] Un recorrido evocador por un mundo realmente apasionante que la autora nos descubre con un lenguaje asequible, pero riguroso, que nos permite conocer con toda profundidad el papel de estas mujeres guerreras».

Mario Agudo Villanueva, *Mediterráneo Antiguo*

# ¿Quiénes eran las amazonas?

MEAN...  
por Adrienne Mayor



En la mitología griega, las amazonas eran aguerridas mujeres procedentes de las exóticas tierras orientales, tan valientes y hábiles en la batalla como el más esforzado de los héroes helenos. Desempeñaron un papel protagonista no solo en la legendaria Guerra de Troya, sino también en las crónicas de la más célebre de las ciudades-estado griegas, Atenas. Todos y cada uno de los principales héroes mitológicos (Heracles, Teseo, Aquiles...) probaron su valor venciendo a poderosas reinas guerreras y a sus respectivos ejércitos de mujeres. Tales gloriosas reyertas contra extranjeras asesinas de hombres son relatadas en la tradición oral y en épica escrita, e ilustradas en innumerables obras de arte dispersas por todo el mundo grecorromano. Famosos personajes históricos, como el rey Ciro de Persia, Alejandro Magno o el general romano Pompeyo también hubieron de vérselas con las amazonas. Los autores griegos y romanos, de hecho, nunca dudaron de la existencia de estas en el remoto pasado y muchos sostenían que en las tierras que se extendían en torno al mar Negro, y aún más allá, habitaban mujeres que vivían a la manera de las amazonas. Los especialistas modernos, por el contrario, las ubican generalmente en la esfera del imaginario griego.

Pero, ¿fueron reales las amazonas? Aunque durante mucho tiempo se creyó que no eran sino fruto de la imaginación, toda una serie de abrumadoras pruebas nos demuestran en la actualidad que las tradiciones sobre las amazonas que se divulgaron entre los griegos y otros pueblos de la Antigüedad derivaban en buena medida de una realidad histórica. Entre los pueblos nómadas que cabalgaban por las estepas euroasiáticas, y que los griegos conocían como «escitas», las mujeres compartían idéntica existencia de privaciones y vida al aire libre que sus compañeros varones. Estas «tribus guerreras no tenían ciudades ni moradas fijas», escribía un historiador antiguo; «permanecían libres e indómitas, tan salvajes que incluso sus mujeres tomaban parte en la guerra». La arqueología revela que aproximadamente una de cada tres o cuatro mujeres nómadas de las estepas era una guerrera activa que en su momento fue enterrada junto con sus armas. Su estilo de vida, tan diferente de la reclusión doméstica de las mujeres griegas, cautivaba la imaginación de los griegos. Los únicos paralelos reales existentes en Grecia fueron los contados casos de mujeres que se vieron obligadas en algún momento a defender a sus familias y ciudades contra los invasores en ausencia de sus maridos.

El mito de Atalanta parece sugerir que una niña criada según su propia naturaleza crecería hasta convertirse en algo parecido a una amazona. En realidad, «convertirse en amazona» era una opción abierta para las muchachas de las estepas, adiestradas desde la niñez para cabalgar y disparar flechas. La combinación «equiparadora» de la equitación y el tiro con arco, en efecto, suponía que las mujeres podían ser igual de rápidas y letales que los hombres. Ya fuera por elección propia u obligadas por las circunstancias, las mujeres escitas podían convertirse en cazadoras o guerreras sin renunciar por ello a su feminidad, a la compañía masculina, al sexo o a la maternidad.

El empeño universal por encontrar el equilibrio y la armonía entre hombres y mujeres, tan similares pero tan diferentes, constituye el transfondo de todas las leyendas sobre las amazonas. Es esta tensión atemporal la que nos ayuda a explicar por qué hubo igual número de historias de amor sobre las mujeres guerreras que narraciones bélicas.

En pocas palabras: durante mucho tiempo se ha asumido que las amazonas, las guerreras a las que combatieron Heracles y los otros héroes de la mitología griega, constituían una imaginativa invención griega. Pero las mujeres que vivieron como amazonas fueron muy reales, aunque por supuesto su recuerdo fue transformado por la mitología. Los descubrimientos arqueológicos de esqueletos femeninos con heridas de guerra enterrados junto con sus armas prueban que estas aguerridas mujeres existieron realmente entre los nómadas de las estepas escitas de Eurasia. De modo que las amazonas fueron en realidad escitas; algo que los propios griegos comprendieron a la perfección mucho antes de que lo hicieran los arqueólogos modernos. Además, los griegos no fueron los únicos que contaron historias sobre las amazonas: las emocionantes aventuras de las heroínas guerreras de las estepas han sido relatadas muchas otras culturas de la Antigüedad.

Nuestra misión, por lo tanto, será la de separar el mito de la historia. Al ser este el primer gran compendio de las vidas y leyendas de las amazonas a lo largo del mundo antiguo, este estudio explora la realidad que se esconde detrás de los mitos, en los que se profundiza y abarca una gran cantidad de culturas y regiones para desvelar la desconocida historia, y toda una serie de sorprendentes descubrimientos recientes, sobre las batalladoras que el mito convirtió en las amazonas. ¿Cómo sabemos con certeza que realmente existieron en la Antigüedad unas mujeres análogas a

las amazonas? ¿De verdad las amazonas se extirpaban uno de los senos? ¿Se tatuaban la piel? ¿Y qué hay de su vida sexual? ¿Por qué las amazonas preferían los pantalones a las faldas? ¿Qué estupefacientes preferían? ¿Cómo entrenaban a sus caballos? ¿Cuáles eran sus armas más letales y qué tipo de heridas infligían? Las respuestas a todas estas preguntas y a muchas más, extraídas de las fuentes antiguas y de los últimos progresos de la arqueología, la historia, la etnología, la lingüística y el conocimiento científico, se suceden en estas páginas.

Una vez que sepamos cómo eran las vidas de estas auténticas guerreras, las famosas amazonas de la mitología y las leyendas clásicas vuelven a la vida bajo una nueva y sorprendente perspectiva. ¿Por qué Heracles asesinó a Hipólita, reina de las amazonas, en vez de convertirse en su amante? ¿Cuál fue el destino de Antíope, la única amazona que desposó a un héroe griego? ¿Por qué invadieron Atenas las amazonas y quién ganó semejante contienda? ¿Acaso Aquiles y Penthesilea pudieron ser amigos en un mundo alternativo? ¿Qué es lo que llevó a una tripulación de amazonas a navegar hasta Roma? ¿Quién fue la bella reina amazona que acechó a Alejandro Magno a lo largo de toda Asia?

La última sección de este libro presenta a las amazonas como nunca antes habían sido analizadas, desde una perspectiva no griega. En vez de observar el Oriente bárbaro a través de la mirada helena, viajaremos más allá del mundo mediterráneo y atravesaremos los mares Negro y Caspio, las estepas, los bosques, las montañas y los desiertos, en busca de las historias que narraban los propios escitas y sus vecinos persas, egipcios, caucásicos, centroasiáticos e indios. Por último, nos veremos en China oteando hacia occidente, hacia las «Grandes Tierras Salvajes» de los xiongnu, el nombre que los chinos daban a los pueblos nómadas cuyas mujeres eran tan fieras como sus compañeros masculinos.

Una «Enciclopedia Amazónica» como esta, inclusiva, que abarca desde el Mediterráneo hasta la Gran Muralla China, comprenderá necesariamente un gran número de exóticos nombres propios de gentes y lugares, que serán buena prueba de la amplia y extendida popularidad de las guerreras durante la Antigüedad. Presumiendo y asumiendo que algunos de mis lectores hojearán rápidamente este libro hasta alcanzar directamente los capítulos que más respondan a su curiosidad o interés personal, he incluido abundantes referencias cruzadas acerca de las cuestiones más relevantes.

# ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos

Prólogo: Atalanta, la amazona griega

## PARTE I. ¿QUIÉNES ERAN LAS AMAZONAS?

1. Antiguos enigmas, mitos modernos
2. Escitia, la tierra de las amazonas
3. Los sármatas, una historia de amor

## PARTE II. LAS GUERRERAS EN LA HISTORIA Y LA TRADICIÓN CLÁSICAS

4. Los huesos: la arqueología de las amazonas
5. Los pechos: ¿uno o dos?
6. La piel: las amazonas tatuadas
7. El desnudo de las amazonas
8. Sexo y amor
9. Drogas, música y danza
10. Al estilo de las amazonas
11. Caballos, perros y águilas
12. ¿Quién inventó los pantalones?
13. Armadas y peligrosas: guerra y armamento
14. Idiomas y nombres amazónicos

## PARTE III. LAS AMAZONAS EN LOS MITOS, LAS LEYENDAS Y LA HISTORIA DE GRECIA Y ROMA

15. Hipólita y Heracles
16. Antíope y Teseo
17. La batalla de Atenas
18. Pentesilea y Aquiles en Troya
19. Las amazonas en el mar
20. Talestris y Alejandro Magno
21. Hipsicratea, el rey Mitrídates y las amazonas de Pompeyo

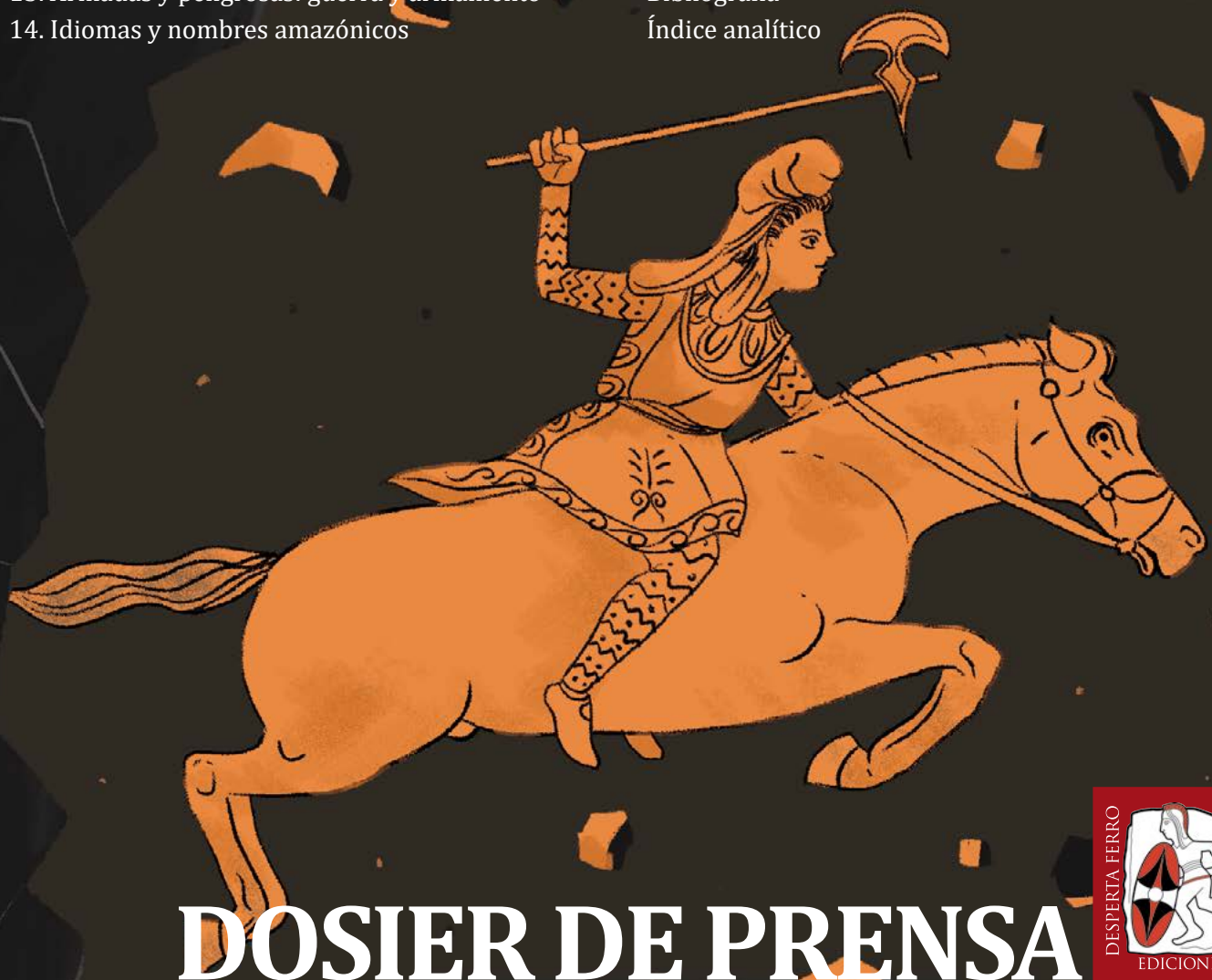
## PARTE IV. MÁS ALLÁ DE LA HÉLADE

22. El Cáucaso, la encrucijada de Eurasia
23. Persia, Egipto, el norte de África y Arabia
24. Amazonistán: el Asia Central
25. China

Apéndice: Amazonas y guerreras en la literatura y el arte antiguos, desde el Mediterráneo a China

Bibliografía

Índice analítico



# DOSIER DE PRENSA

# CAPÍTULO 1

## ANTIGUOS ENIGMAS, MITOS MODERNOS

*Amazones antianeirai* es «inequívocamente una designación étnica», pero el epíteto es femenino, en contra de lo que hubieran podido esperar los intrigados investigadores. El extraño efecto semántico que produce «hombres», en el sentido de conjunto de un pueblo o nación, combinado con una descripción femenina, me hace pensar en la tendencia popular entre los hispanohablantes a referirse, por poner un ejemplo, a los buitres como «ellos» y a las águilas como «ellas», sin perjuicio de que todo el mundo sepa que existen machos y hembras en ambas especies.

La adaptación del nombre bárbaro original, que desconocemos, a la formulación épica griega para re-

ferirse a toda una tribu da lugar a un «nombre propio cargado de ambigüedad». Algunos especialistas interpretan esta peculiaridad como una prueba de que las *amazones antianeirai* de Homero no eran sino una construcción puramente mítica, creada por los griegos para referirse a una «raza» ficticia de guerreras. La asunción parte de que la idea de unas mujeres comportándose como hombres sería tan difícil de captar, tan «desconcertante y amenazante», tan perturbadora para los griegos, que tal concepto solo «era concebible en el mundo imaginario del mito». Pero, si aceptamos semejante presupuesto, ¿acaso no estamos subestimando la capacidad de los antiguos griegos para con-



cebir y designar a una tribu real cuyas relaciones de género serían distintas de las suyas? De hecho, los griegos habitualmente describían y designaban a los extranjeros *mediante referencias a sus exóticas y desconcertantes costumbres*, como la mencionada dieta a base de piojos, la caza de cabezas, la polian-dria (el matrimonio simultáneo con varios esposos) o el canibalismo.

La lingüística, en todo caso, propone una explicación razonable para la exótica semántica del nombre «amazonas, iguales a los hombres». La circunstancia de que las primeras referencias a las amazonas fueran aplicadas a un grupo étnico es enormemente significativa. Los grupos étnicos reales, por supuesto, estaban compuestos de hombres, mujeres y niños, y en época de Homero el término *amazonas* sería «entendido como un grupo de personas que comprendería a hombres y mujeres», tal y como señala Blok. Homero y otros escritores arcaicos podrían haber empleado la estructura *amazonas andres*, «el pueblo amazónico», pero en su lugar optaron por *amazonas antianeirai*, enfatizando la cualidad más llamativa de esta tribu. Y es que *aner/andres* también podía significar «hombre/hombres» en el sentido de pueblo, tribu o nación, de modo que la estructura podría ser entendida también como «iguales a los humanos». En definitiva, los griegos primero identificaron etnográficamente a las amazonas como una nación de hombres y mujeres en la que resultaba característica cierta peculiaridad en sus relaciones de género y, solo en un segundo momento, la gran ambivalencia y ansiedad que el conocimiento de tal cultura alternativa paritaria suscitaba motivó la creación de las narrativas míticas sobre mujeres que batallaban.

En definitiva, la secuencia más plausible sería esta: los griegos arcaicos oyeron hablar de unas gentes que moraban en torno al mar Negro y las estepas que lo circundaban; una sociedad guerrera caracterizada por un notable grado de igualdad entre los sexos. Su nombre no griego, que sonaría a algo parecido a «amazonas», se adaptó dando lugar en la literatura épica al etnónimo *amazonas*. El epíteto *antianeirai* se añadió para remarcar la característica más notable de este grupo, su igualdad entre géneros, y se optó por reflejarlo en femenino para enfatizar el elevado estatus del que gozaban las mujeres en esta tribu particular, en relación sobre todo con la posición social que caracterizaba a las mujeres en la cultura griega. Al con-



Muñeca de terracota de amazona con casco y brazos y piernas articuladas. Siglo V a. C., Egina, inv. CA955, Musée du Louvre, París. Fotografía: Gerard Blot. © RMN-Grand Palais/Art Resource.

trario de lo que sucedía con la mayoría de los demás grupos étnicos con los que los griegos estaban familiarizados, en los que los hombres eran los miembros más significativos de sus respectivas comunidades, entre las amazonas quienes sobresalían eran las mujeres. *Amazonas antianeirai* significaría originalmente, por lo tanto, algo parecido a «amazonas, la tribu cuyas mujeres son iguales a los hombres», o simplemente «amazonas, las iguales a los hombres». Una raza de guerreros hombres y mujeres excitaría la curiosidad de los griegos y terminaría generando historias sobre las heroicas mujeres de lejanas tierras que combatían con bravura frente a combatientes masculinos.

Gradualmente, a medida que los testimonios de nuevos viajeros e informantes permitieran a los griegos diferenciar entre las numerosas tribus etnolingüísticas de Escitia, el viejo concepto de «amazonas», nombre colectivo empleado para designar una «raza» exótica de hombres y mujeres iguales entre sí, evolucionaría para terminar refiriéndose a una idea nueva aunque relacionada con la anterior: una antigua tribu de guerreras que combatían a los hombres, los mantenían dominados, o incluso vivían completamente al margen de ellos. El significado de *-anti* en el epíteto dejó de significar «iguales a» para referirse más bien a «opponentes de», sugiriendo una hostilidad estructural contra los varones, de modo que la atípica locución femenina que otrora se empleara como nombre propio para todo un pueblo comenzó a evocar visiones de una mítica ginococracia.

En resumen, estas antiguas referencias a las amazonas preservadas en la literatura suponen una prueba fehaciente de que su nombre se introdujo por primera vez en la cultura griega para conceptualizar vagamente a las gentes «escitas»; solo con el tiempo las amazonas se convertirían en un constructo mítico, en el que, sin embargo, aún pervivirían algunos vestigios de realidad histórica. La evidencia lingüística nos ofrece así una aproximación práctica al conocimiento de las amazonas como miembros de unas tribus nómadas reales; una perspectiva que, a su vez, nos ayuda a entender muchos otros elementos llamativos y ambiguos de los relatos míticos y, más tarde, reales de las amazonas.

## CAPÍTULO 4

# LOS HUESOS: LA ARQUEOLOGÍA DE LAS AMAZONAS

Las costas septentrionales del mar Negro, la región en la que aparece un mayor número de tumbas de estas mujeres, es precisamente la más cercana a Grecia y la más frecuentemente asociada a las amazonas. Los descubrimientos arqueológicos en esta zona, y en los territorios más hacia el este, están cambiando radicalmente la perspectiva de los investigadores sobre las narrativas de Heródoto y de otros escritores clásicos. Las antiguas descripciones sobre las amazonas como jinetes y guerreras de Escitia se ven ahora «verificadas gracias a las opulentas tumbas femeninas en cuyo interior se amortizaron completas panoplias y arreos de caballo». Diodoro, por ejemplo, nos informa de que las reinas guerreras se enterraban en espléndidas tumbas y, aunque Heródoto no habla específicamente de enterramientos de guerreras, los arqueólogos se maravillan de la precisión de sus descripciones sobre las prácticas y los hábitos funerarios escitas.

Hasta no hace mucho tiempo, los arqueólogos identificaban mecánicamente los enterramientos escitas como «masculinos» o «femeninos» basándose única y exclusivamente en sus nociones preconcebidas acerca de los tipos de ajuares funerarios que de cada género cabía esperar. Se asumía, por tanto, que las armas y las herramientas pertenecerían a los varones y que las fusayolas (discos de piedra u otros materiales con un orificio central), las joyas y los espejos aparecerían en las tumbas femeninas. En la actualidad, sin embargo, la determinación científica del sexo de los esqueletos demuestra no solo que un número sustancial de mujeres de todas las clases sociales se enterraron junto con una amplia gama de herramientas, armas y piezas de armadura, sino también que sus huesos, en ocasiones, exhiben cicatrices de guerra idénticas a las de los guerreros masculinos. Las mujeres con armas se enterraban exactamente igual que los varones con armas, beneficiándose de las mismas tumbas monumentales y de análogos sacrificios de caballos, banquetes funerarios, ofrendas alimenticias y ajuares funerarios compuestos por armas y valiosos objetos importados y de fabricación local. Este capítulo discute ciertas sensacionales reinterpretaciones de esqueletos que, en su momento, fueron identificados como masculinos únicamente debido a que junto a ellos aparecieron armas depositadas en las tumbas.

Las flechas, empleadas tanto para cazar como en la batalla, son las armas que más frecuentemente se amortizaron en las tumbas femeninas, aunque las espadas, los puñales, las lanzas, las armaduras, los es-

culos y los glandes de honda también están presentes. Algunas guerreras enterradas en Ucrania poseían pesados cinturones de guerra guarnecidos de placas de bronce o hierro, como el ejemplar de la tumba de Tiras del que ya hablé. Más al este, en Asia Central y la Siberia meridional, numerosas sepulturas femeninas contenían placas de cinturón de oro, bronce y hierro y fantásticos broches tachonados con representaciones zoomorfas. Resulta imposible no quedar impresionado ante el enorme peso de los cinturones forrados, los brazaletes de hierro y las armas de hierro y bronce que los varones y las guerreras portarían durante el combate.

Las herramientas (cuchillos, punzones, piedras de afilar y fusayolas) también aparecen habitualmente en las sepulturas de varones, mujeres y jóvenes. Tenemos pruebas de que la marroquinería era una labor propia de mujeres, para la que emplearían punzones y pigmentos (a menudo, por cierto, interpretados erróneamente como cosméticos femeninos); las agujas y la tinta, por su parte, se empleaban para el tatuado cutáneo. Ahora sabemos asimismo que los varones escitas portaban pendientes y poseían fantásticos peines, similares a los de las mujeres. Por el contrario, parece que las fusayolas, que antaño se asumía que eran herramientas exclusivamente femeninas, podían emplearse también en asociación con una polea para encender fuego y que entrañarían igualmente significados simbólicos, todo lo cual podría explicar su aparición en tumbas masculinas. Las piedras de afilar también poseen funciones mágicas y prácticas en las sagas Nart. Por último, los espejos, que antes se tenían por propiedad exclusiva de las sacerdotisas, parecen ser omnipresentes en las sepulturas de los varones, las mujeres y los niños escitas. Al igual que sucede con las fusayolas y las piedras de afilar, los espejos pudieron desempeñar tanto algún tipo de función simbólica durante la muerte como alguna utilidad práctica en la vida cotidiana, como por ejemplo el envío de señales luminosas en las estepas.

Pero, aparte del sexo y la edad del difunto, los restos óseos revelan asimismo patrones de desgaste, enfermedades crónicas y fracturas sanadas o fatales. Por ejemplo, toda una vida a lomos de un caballo termina arqueando las piernas, por lo que algunas mujeres fueron enterradas en la postura de monta. Los esqueletos masculinos y femeninos procedentes de toda Escitia evidencian las huellas de un tipo de vida físicamente extenuante y muchos de ellos incluso exhiben



Esqueleto de guerrera, con un gran puñal de hierro en su mano derecha y dos puntas de flecha de hierro entre las piernas, siglos V-IV a. C., necrópolis 8, kurgán 1, enterramiento 6. Abajo, detalle del puñal junto al fémur. Fotografías de James Vedder, Center for the Study of Eurasian Nomads, 1992.

heridas de guerra. Algunos especialistas han sugerido que en las tumbas femeninas las armas se depositaron tan solo por razones rituales, como por ejemplo la protección simbólica de las difuntas en el Más Allá. Pero los arqueólogos aducen que la presencia de heridas de guerra en los esqueletos constituye un argumento de mayor peso para defender que las mujeres enterradas con armas fueron genuinas guerreras. En ocasiones, las puntas de flecha aún permanecen incrustadas en los huesos, como sucedía con la mujer guerrera de Tiras que antes mencioné. Un buen número de huesos y cráneos de hombres y mujeres guerreros muestra terribles lesiones infligidas por las puntiagudas hachas de guerra (*sagareis*), tajos de espada, heridas penetrantes ocasionadas por puñales y lanzas y perforaciones provocadas por proyectiles. En muchos casos, la trayectoria del ataque resulta evidente, de modo que algunos huesos también nos revelan si sus lesiones se produjeron en mitad de un combate cuerpo a cuerpo o durante una huida a caballo, o si se trata de laceraciones *post mortem*. La consiguiente descripción de las heridas evoca escenas de violentas batallas y duelos. Sin ir más lejos, un estudio de los esqueletos de un varón y una mujer escitas con heridas en la cabeza provocadas por hachas de guerra (*vid. infra*, detalladas) demostró que la mayor parte de los impactos fueron

asestados por un contrincante diestro en el curso de un enfrentamiento cara a cara. Ulteriores evidencias en este mismo sentido derivan de las laceraciones y fracturas «de garrote» observadas en los huesos del antebrazo izquierdo: los análisis forenses apuntan a que estos individuos se protegían de los golpes con el brazo izquierdo mientras atacaban con el derecho.

A estas alturas, se han excavado ya tumbas de mujeres con armas a lo largo y ancho del territorio que durante la Antigüedad se identificó con las amazonas. El subsiguiente catálogo de las sepulturas más representativas de mujeres cazadoras y guerreras arranca en Occidente, en la antigua Tracia, y se va desplazando hacia el este a través de las estepas y el Cáucaso hasta Asia Central, concluyendo con un sorprendente caso aislado en la Britania romana. La lectura de informes arqueológicos dispersos sobre viejos objetos y huesos que habían permanecido enterrados durante milenios podría parecer un ejercicio sumamente árido, pues las biografías concretas de todas estas mujeres se han perdido de manera irremediable para nosotros. Pero únicamente gracias al examen de los datos disponibles sobre sus muertes y sus ajuares podremos construir una argumentación irrefutable sobre la existencia de las mujeres que fueron el equivalente histórico de las legendarias amazonas.

## CAPÍTULO 8

# SEXO Y AMOR

Enemigas de la vida conyugal, autosuficientes, amantes de la vida al aire libre, independientes de cualquier hombre y autónomas para hacer el amor a voluntad. Múltiples enigmas rodean las manifestaciones de amor y la práctica del sexo entre las amazonas, tanto en el imaginario griego como en la realidad histórica. ¿Permanecían vírgenes las amazonas hasta que probaban su valía en combate? ¿Disfrutaban del sexo? ¿O acaso se emparejaban tan solo para reproducir su peculiar sistema social? ¿Qué clase de compañeros preferirían y qué tipo de varones aceptarían desposarse con ellas? ¿Podían forjar lazos de amistad, amor y compañerismo con los hombres? ¿Existe alguna evidencia de relaciones duraderas protagonizadas por las guerreras del mito y la leyenda? ¿Y por las guerreras históricas?

Ya en la Antigüedad proliferaron los chismes y rumores sobre la sexualidad de las amazonas: no en vano, los antiguos autores grecorromanos tendían a «hacer hincapié en lo excepcional, lo escandaloso». Como sucedía con Atalanta, las amazonas de la mitología y las mujeres escitas de los relatos históricos tenían muy poco en común con las féminas griegas; si acaso, se compor-

taban de manera mucho más parecida a los varones libres griegos. Varios historiadores antiguos señalaron que las guerreras de Eurasia concertaban encuentros con los hombres de las tribus vecinas para mantener encuentros sexuales ajenos al matrimonio y a cualquier lazo emocional. Para los griegos, que creían que las amazonas componían una sociedad de mujeres hostiles a los hombres, dicha costumbre explicaba cómo podían reproducirse. Otros testimonios, como los de los relatos en los que las mujeres escitas pierden a sus maridos en la guerra describen cómo, acto seguido, las viudas recientes se afanan por copular con extranjeros para perpetuar su tribu.

El sexo con las amazonas era vigoroso, promiscuo. Tenía lugar al aire libre, fuera del matrimonio, habitualmente en la estación estival y en él tomaba parte cualquier varón que una amazona hubiera elegido para emparejarse. Algunos especialistas modernos interpretan estos detalles de las antiguas fuentes griegas como una reversión imaginaria de la vida hogareña ortodoxa de las confinadas mujeres griegas; una imagen reflejada en un espejo distorsionado inventado por los varones



Cazadora tracia cortejando a la amazona Penthesilea. Alabastrón de fondo blanco, pintor de Pasiades, ca. 525-500 a. C. Dibujo a partir del original conservado en el Ethnikó Archaïologikó Mouseío [Museo Arqueológico Nacional], Atenas.

griegos para equiparar a estas mujeres independientes con animales salvajes. Otros expertos sostienen más bien que las Amazonas «no solo eran asexuales, sino antisexuales». Pero aún otros autores plantean la posibilidad de evaluar los datos etnográficos subyacentes a todos estos relatos antiguos. ¿Es factible que algunas de las descripciones griegas sobre la vida sexual de las legendarias Amazonas se basaran en las prácticas reales de las guerreras de Escitia? ¿Acaso ciertas fuentes griegas preservaron apuntes rigurosos sobre las costumbres nómadas?

Para empezar, los hábitos estacionales son típicos de la vida nómada. Los pastores de la antigua Escitia migrarían periódicamente entre los altos pastos estivales y sus campamentos de invierno. Cada primavera, las tribus se reunirían para sepultar los cadáveres de sus difuntos, convenientemente preservados, en las necrópolis de kurganes. También en primavera tomarían sus saunas purificadoras, celebrarían sus encuentros anuales con las otras comunidades con las que mantenían relaciones comerciales y organizarían sus características competiciones de equitación y tiro con arco. Además, la guerra y las incursiones de saqueo serían estacionales, pues las bandas guerreras, formadas fundamentalmente por varones, permanecían fuera durante buena parte del año y retornaban cada verano junto con sus esposas y vástagos de corta edad. Entre los griegos, tan insólitos comportamientos pudieron generar la idea de que hombres y mujeres vivían por separado y solo se reunían cada año para procrear. Otro factor para tener en cuenta es que las tribus pequeñas y aisladas, entre cuyos miembros tienden a entretenerse lazos estrechos, pueden evitar el incesto y la endogamia fomentando las relaciones sexuales con los forasteros (al fin y al cabo, tuvieran o no una comprensión embrionaria de sus causas científicas, a buen seguro estos criadores de caballos habrían reparado en los efectos de la endogamia). Asimismo, las uniones sexuales exógamas entre grupos culturalmente relacionados bien pudieron tener lugar en ciertos periodos del año. Y también era práctica habitual sellar las alianzas entre tribus con matrimonios mixtos.

En algunos grupos nómadas, el poliamor o «amor libre» (múltiples compañeros sexuales tanto para va-

Recipiente femenino para perfumes (alabastrón) de fondo blanco, ca. 510-500 a. C., Antikenmuseum und Sammlug Ludwig, Basilea, inv. KA403.



rones como para mujeres), así como la poliandria (la unión de una mujer con muchos «esposos» y hombres) y la poligamia (la unión entre un hombre y muchas «esposas» o mujeres), eran prácticas aceptadas. Jenofonte, por ejemplo, dio cuenta de los intercambios sexuales públicos e indiscriminados protagonizados por los mosinecos del Ponto. Heródoto señala que los agatirsos, una tribu nómada tracio-escita, copulaban libremente para «fomentar unas relaciones similares a las fraternales y eliminar los celos y los odios». Según Estrabón, entre los siginas del Cáucaso noroccidental las mujeres aurigas de más talento podían «cohabitar con todo el que quisieran». Estrabón también describe las costumbres sexuales de las tribus montañosas de Media (noroeste de Irán): los varones tenían hasta cinco esposas, e «igualmente las mujeres consideraban honorable tener a tantos hombres como les fuera posible, y estimaban poseer menos de cinco toda una calamidad». La poliandria era practicada por las mujeres de otro grupo nómada cercano al mar Caspio, los tapires, quienes acostumbraban a dar a luz a retoños de varios hombres. En cambio, los masagetos, una tribu sace-escita de Asia Central, formaban según Heródoto y Estrabón parejas de compañeros según los términos de un «matrimonio abierto»: ambos cónyuges eran libres para mantener discretas relaciones sexuales con terceras personas;

para señalar que estaban practicando sexo y no querían ser molestados, bastaba con colgar un carcaj fuera del carro de la mujer (en las sagas Nart caucásicas, en cambio, la señal de que una mujer tenía un invitado sexual era la lanza de este clavada en el suelo frente a la puerta de la morada de su anfitriona). Los antiguos textos chinos también mencionan la práctica de la poliandria y el poliamor entre las tribus nómadas del interior de Asia (*vid.* Cap. 25).

La antigua noción de unas Amazonas virginales, por consiguiente, conjuga mal con estos testimonios sobre su activa sexualidad. Algunos expertos arguyen que las Amazonas no eran sino personajes imaginarios que pretendían representar cómo serían las muchachas griegas si se mantuvieran ajenas al control masculino. Pero, como vemos, buena parte de las descripciones helenas aparentemente contradictorias sobre las legendarias Amazonas deriva en realidad de la incompreensión de las costumbres nómadas.

## CAPÍTULO 11

# CABALLOS, PERROS Y ÁGUILAS

«Las amazonas fueron las primeras gentes en montar a caballo», según recordaba Lisias a los atenienses en su *Discurso fúnebre en honor de los aliados corintios* (395 a. C.). Al otro lado del mar Negro, una antigua saga abjasia sostenía igualmente que los nómadas del Cáucaso septentrional fueron los primeros en domesticar caballos y cabalgar sobre ellos. No en vano, se dice que las infinitas estepas parecen incompletas sin un caballo y su jinete y desde luego los antiguos escitas (y las amazonas) resultan impensables sin sus corceles.

Los caballos fueron domesticados por vez primera (seguramente para su ordeño, para aprovechar su carne y para tirar de los carros y solo tiempo después para la monta) hacia 4000 a. C., de la mano de los hombres y mujeres nómadas del norte del mar Negro y de las praderas en torno al Caspio, los territorios de las legendarias amazonas. Al fin y al cabo, estos animales resultaban especialmente adecuados para las estepas septentrionales: podían tolerar las temperaturas gélidas mejor que los bóvidos, eran capaces de alcanzar la hierba que permanecía oculta bajo dos palmos de nieve, podían tirar de los carros y acarrear jinetes y cargas, proporcionaban comida y bebida nutritiva y no requerían de pastores que los vigilaran día y noche. El estilo de vida amazónico, destaca Estrabón, giraba en

torno a la cría y adiestramiento de los caballos, cuya presteza y brío otorgaba a las amazonas el sobrenombre de «las de lejanos confines».

Las mujeres más fuertes, comenta Estrabón, pasaban sus vidas cazando a caballo y perfeccionando sus habilidades como aguerridas jinetes. La afamada pericia ecuestre de las gentes de las estepas, la centralidad de los caballos en sus vidas, las tradiciones orales de los propios nómadas y quizá una cierta convicción en la relación inequívoca entre mujeres independientes y caballos salvajes llevaron a los antiguos griegos a creer que las amazonas hubieron de conformar la primera sociedad de jinetes de la historia.

Y es que, el caballo, fue el gran nivelador entre los hombres y las mujeres de las estepas, entranando posiblemente una de las principales razones de la proverbial igualdad de género que caracterizaba a las gentes nómadas. Gracias a los équidos, una arquera montada con cierta habilidad podía cuidarse por sí misma en el combate, aunque hubiera de enfrentarse a guerreros varones. La posibilidad de cabalgar liberaba a las mujeres y les otorgaba autonomía de movimientos y una estimulante y desafiante vida en la naturaleza. Entre los griegos, solo los varones gozaban de semejante independencia física al aire libre, en tanto que las mujeres, idealmente, debían



Amazona montada con un hacha puntiaguda combatiendo contra un grifo en un paisaje desolado. Kylix (copa para beber) de figuras rojas, siglo IV a. C., pintor de Jena, Museum of Fine Arts, Boston, Henry Lillie Pierce Fund, 01.8092. Fotografía © 2014, Museum of Fine Arts, Boston.



Cuadriga conducida por una mujer bárbara que parece una amazona, con un pasajero varón bárbaro (a la derecha, fuera de la imagen); una amazona vestida de manera similar abre la marcha portando un hacha de guerra, a la izquierda (también fuera de la imagen). Crátera de columnas ática de figuras rojas, pintor de Suessula, ca. 400 a. C. Princeton University Art Museum, Princeton, Fowler McCormick, Class of 1921 Fund, Carl Otto von Kienbusch Jr. Memorial Collection Fund y Classical Purchase Fund, 2007-98. Fotografía de Bruce M. White.

permanecer confinadas en casa. En las estepas, por el contrario, hombres y mujeres podían recorrer largas distancias cambiando de tanto en tanto de caballos, cuya resistencia se fomentaba desde su nacimiento. Tres jinetes expertos, fuera cual fuese su sexo, podían hacerse cargo por sí solos de enormes rebaños de caballos semisalvajes. Los équidos difuminaban las diferencias creadas por la dispar fuerza de hombres y mujeres, aportando su movilidad y sus músculos para transportar jinetes y pesadas cargas, armas, armaduras, bienes domésticos, botines y presas de caza mayor. La equitación demandaba asimismo un vestuario confortable y adecuado, unisex (*vid.* Cap. 12). Dado que las muchachas podían aprender a cabalgar, domar y controlar los caballos y disparar flechas con la misma eficacia que los chicos, el universo de la estepa constituía el escenario perfecto para que las mujeres se convirtieran en avezadas cazadoras y guerreras montadas (Figs. 9 y 10).

Pero ¿qué es lo que se esconde tras la pertinaz noción de una sinergia mística, una armonía psíquica, una «unión mental» entre mujeres y caballos? Los investigadores de la cultura Botai y de otras tempranas sociedades de jinetes sugieren que tales creencias explicarían los artefactos prehistóricos que conectan mujeres y équidos (Cap. 6). Por otro lado, la historia de Heródoto sobre las desamparadas amazonas y los jóvenes escitas que se «domesticaron» mutuamente parece aludir a las ideas griegas sobre mujeres y caballos salvajes y domesticados (*vid.* Cap. 3). Algunos

los caballos, por su propia naturaleza, se resisten y debaten cuando se sienten amenazados, pero responden positivamente ante adiestramientos sin confrontaciones basados en la confianza y la paciencia en vez de en la fuerza bruta. Una parte de la fascinación que desde la Antigüedad despertaban las amazonas podría derivar de la tradicional pericia que mostraban a lomos de sus monturas.

A este respecto, Justino da cuenta de un relato histórico fascinante sobre las féminas escitas y los caballos. El mencionado autor narra que, en 339 a. C., el padre de Alejandro, Filipo II, venció a una gran confederación escita liderada por el rey Ateas, cuyos miembros se extendían entre el Danubio en Tracia y el mar de Azov. Tras la derrota de Ateas, Filipo intentó regresar a Macedonia junto con veinte mil yeguas escitas de pura raza, con la esperanza de mejorar la población de équidos griegos. El monarca también trató de traerse consigo a veinte mil mujeres y niños escitas. Las cifras quizá sean exageradas, pero dan una idea de la población escita de la región y de la magnitud de sus rebaños. Algunas de las escitas cautivas eran probablemente mujeres jinetes, que habrían de atender a sus propios corceles durante la larga marcha hacia Macedonia. De camino, sin embargo, Filipo fue atacado por otra poderosa tribu tracia-escita, los tribalios. Durante la consiguiente batalla, una lanza atravesó el muslo de Filipo y mató a su caballo. Todas las yeguas y las mujeres cautivas se vieron entonces libres y escaparon de regreso a Escitia.

## CAPÍTULO 17

# LA BATALLA DE ATENAS

Nunca satisfechas con sus propios territorios, en el momento de su máximo apogeo las míticas amazonas habían extendido sus correrías hacia el oeste y hacia el sur, donde se habían apropiado de amplias extensiones de terreno en torno al mar Negro y en Asia Menor; tal y como, de hecho, habían hecho los escitas históricos. Los griegos imaginaron una gran batalla en la que la propia Atenas se convertía en el objetivo de la ira y los designios imperiales de las amazonas. Este ataque terrorífico, repelido solo tras una resistencia desesperada por parte de Teseo y los atenienses, fue «cualquier cosa menos un asunto trivial o de mujeres», escribe Plutarco en su biografía de Teseo. El ejército expedicionario amazónico de la reina Oritía invadió el norte de Grecia y llegó a sitiar la sagrada Acrópolis, según la propia historia griega. La victoria amazona hubiera significado la más amarga de todas las humillaciones para los helenos y la extinción de la joven ciudad de Atenas.

El desarrollo de la batalla mítica fue descrito en detalle por Clidemo, un historiador del Ática del siglo V o del IV a. C. Por desgracia, su obra no se ha conservado; todo lo que nos resta de ella son unas cuantas citas de Plutarco, quien tuvo la oportunidad de consultar muchos otros textos hoy perdidos sobre la guerra, como la historia de Helánico. Y es que, en la época en la que escribe sus tratados, el siglo I d. C., Plutarco asume que la invasión amazónica del Ática ocurrió realmente en el pasado remoto. Tal opinión estaba basada en tres tipos de evidencias: los topónimos, las numerosas tumbas de griegos y amazonas caídos durante la contienda y el hecho de que los atenienses aún celebraran sacrificios tradicionales a los espíritus de las amazonas antes de comenzar la festividad anual en honor a Teseo. Pero, de manera acorde con lo trascendental del conflicto, los detalles de las diversas tradiciones sobre el mismo varían de manera sustancial; algo «apenas sorprendente», comenta Plutarco, «para acontecimientos tan remotos en el tiempo como este».

### LA GUERRA CONTRA LAS AMAZONAS

El desencadenante de la guerra no fue otro que el rapto de Antíope por parte de Teseo. Cuando la reina Oritía regresó al Ponto tras sus expediciones bélicas, Melanipa le describió el asesinato de Hipólita a manos de Heracles y el secuestro de Antíope. Furibunda por una agresión como aquella, Oritía le pidió ayuda a Sagilo, un jefe escita de las costas septentrionales del mar

Negro. Oritía argumentó ante Sagilo que las amazonas del Ponto «tenían origen escita» y que, mucho tiempo atrás, «cuando sus maridos fueron masacrados, las mujeres habían tomado las armas y demostrado con su valor que las féminas escitas eran tan enérgicas como los varones». Le explicó también sus razones para llevar la guerra a Atenas. «Enardecido su orgullo patrio», Sagilo accedió a socorrer a sus antiguas compatriotas y despachó a su hijo Panaságoras al frente de un nutrido contingente de jinetes escitas para unirse a las huestes de Oritía. El recuento de Diodoro es más breve, pero en lo esencial nos ofrece los mismos datos: «Los escitas unieron sus fuerzas a las de las amazonas y se reunió así un impresionante ejército, liderado por las amazonas». Esta historia, recogida por Justino y Diodoro (e Isócrates, como veremos), evidencia que los griegos concebían a las amazonas como escitas y que consiguieron que otra tribu escita se les uniera en su guerra contra Atenas.

Una de las posibles rutas hacia Grecia desde el Ponto llevaría a las amazonas a viajar hacia el oeste por Anatolia, a cruzar el mar de Mármara hasta Tracia y a dirigirse finalmente hacia el sur camino del Ática (un itinerario alternativo, del que hablaremos después, figura a las amazonas invadiendo Grecia desde el lejano norte). En el momento de partir, sus líderes se habrían detenido en la minúscula isla Amazona, hogar de la gran piedra negra y del altar de Cibebes, sagrados para las amazonas. Al parecer, era costumbre que las reinas amazonas sacrificaran caballos antes de marchar a la guerra. Varias pinturas vasculares griegas de amazonas junto a altares podrían estar ilustrando concretamente los preparativos de la invasión de Atenas (Cap. 10).

Desde Tracia, las amazonas progresaron hacia el sur a través de Tesalia, Beocia y el Ática. En algunas narrativas, las invasoras enviaron un mensaje a Teseo desde su campamento frente a Atenas, para requerirle que devolviera el Cinturón de Ares de Hipólita y que liberase a Antíope. El monarca, por supuesto, se negó. Por consiguiente, las amazonas asaltaron las murallas atenienses, rodearon la ciudad e impidieron que ninguno de sus habitantes la abandonara o recibiera víveres del exterior. Se incautó del terreno más alto y el ejército de mujeres se dispersó por el risco rocoso situado justo frente a la Acrópolis, la ciudadela ateniense, y allí levantaron sus tiendas y realizaron sacrificios a Ares. Con el tiempo, la ubicación de su campamento tomaría el nombre de Amazonium

(«Santuario de las amazonas») y la colina rocosa aún se conoce como el Areópago, la «Roca de Ares». El trágico Esquilo incluso retrató a las amazonas erigiendo «elevadas torres en su nueva ciudadela que rivalizaban con las levantadas por Teseo». Lo cual, por supuesto, responde a una imagen muy poco realista de las huestes nómadas, pero Esquilo tan solo pretendía aquí dar idea del grave peligro que el asedio suponía para Atenas.

La situación se prolongó durante siete días. En semejante aprieto, Teseo consultó a un oráculo y este le aconsejó sacrificar ante Fobos, respuesta que pone de relieve la desesperada situación de los atenienses. El dios Fobos, no en balde, era la personificación del miedo, el terror y la debacle militar. Al igual que hubieron de hacer los Siete contra Tebas en la tragedia de Esquilo, podemos imaginarnos a Teseo rebanar la garganta de un toro sobre un escudo negro y hundir sus manos en las entrañas de la bestia, mientras le ruega al dios que acabe con la parálisis que atenazaba a los atenienses y que, en cambio, siembre el pánico entre el ejército de las amazonas.

A la mañana siguiente, Teseo ordenó el primer asalto contra las posiciones amazónicas. El verano tocaba a su fin y, por lo tanto, comenzaba el nuevo año para los griegos. Plutarco señala que, desde entonces, los atenienses conmemorarían el día de este ataque mediante un festival anual, celebrado en el mes de Boedromion, mes cuyo nombre significa «Correr en respuesta a un grito de ayuda». Nos encontramos ante un detalle cronológico realista que indica que las amazonas habrían comenzado su marcha en invierno, en previsión por tanto de una campaña estival de cuatro meses en Grecia para regresar a casa antes de la siguiente estación fría. El mes de Boedromion y el dios Fobos, por cierto, confluirían de nuevo en una batalla histórica posterior que enfrentó a los griegos contra otro poderoso ejército bárbaro que los superaba ampliamente en número. En efecto, en 331 a. C., Alejandro Magno bien podía tener en mente la desesperación de Teseo cuando, en pleno mes de Boedromion, el ejército macedonio hubo de plantar cara en Gaugamela a las imponentes fuerzas persas de Darío. En la víspera de la batalla decisiva, Alejandro sacrificó a Fobos, implorando por la aniquilación de los persas. Contra todo pronóstico, Alejandro venció y el rey Darío huyó del campo de batalla, aterroizado.

De vuelta a la batalla de Atenas, la detallada narración de los cuatro meses de enfrentamientos que nos proporciona el historiador Clidemo es imaginaria por completo, pero al menos nos revela que los atenienses creían que los furiosos combates y los puntos de inflexión en la guerra habían tenido lugar en torno a diversos hitos de su propia ciudad. Según

este recuento, las huestes amazónicas se extendieron desde el Areópago a las inmediaciones del Pnyx. Entretanto, Teseo reunió un contingente de guerreros atenienses en la colina de las Musas (actual colina de Filopapos), al sur del Pnyx, y desde allí atacó el flanco amazónico. En la salvaje reyerta subsiguiente, los griegos sufrieron unas bajas atroces. Las amazonas hicieron retroceder a sus enemigos, los empujaron al espacio angosto existente entre la Acrópolis y el Areópago y allí dieron muerte a buen número de ellos, junto a la cueva de las Furias, que se abre a los pies del Areópago.

La intrincada topografía de la batalla difiere notablemente de los enfrentamientos hoplíticos griegos tradicionales, que solían tener lugar en escenarios totalmente llanos. El terreno accidentado constituía una seria desventaja para los atenienses, acostumbrados a enfrentarse a ejércitos enemigos de hoplitas con idénticas armas y armaduras que las suyas y con una formación cerrada análoga, que solo podía desplegarse en las llanuras. En cambio, las copias del gran escudo de la Atenea del Partenón que han llegado hasta nosotros muestran a griegos y amazonas luchando en un paisaje rocoso y empinado en torno a la Acrópolis y el Areópago. Muchos pintores vasculares se preocuparon asimismo de contextualizar sus ilustraciones del combate en un entorno desigual, repleto de afloramientos rocosos, collados y árboles (*vid.* Fig. 52). Las espectaculares decoraciones de varios vasos evocan el turbulento episodio y muestran numerosos combatientes (etiquetados con sus correspondientes nombres) enzarzados en toda una vorágine de escaramuzas y duelos, rodeados de gran profusión de sangre, heridos tambaleantes, cadáveres contorsionados, lanzas astilladas, armas abandonadas e incluso flechas silbando sobre sus cabezas. Es significativo que en buena parte de las escenas de la batalla de Atenas, los griegos se vean superados en número por las amazonas.

Las amazonas llevaban las de ganar en la feroz batalla que se dirimía sobre las colinas y los campos que rodeaban la Pnyx y el Areópago, pero los soldados de Teseo aún controlaban tres enclaves al este de la Acrópolis: los campos de adiestramiento militar del Liceo, más allá de la Puerta de Diocares; la colina de Ardeto, al otro lado del arroyo Ilisos; y el Paladio (santuario de Atenea), al surdeste de la Acrópolis. Y cuando abandonaron por fin estos baluartes y se lanzaron frontalmente contra las amazonas, la suerte comenzó a decantarse a su favor. De manera paulatina, las guerreras se vieron empujadas de nuevo hacia su campamento y muchas de ellas perecieron en la brutal refriega. Después de tres meses de sangrientos combates, los atenienses terminaron por imponerse y las amazonas tuvieron que capitular.

## CAPÍTULO 20

# TALESTRIS Y ALEJANDRO MAGNO

Tras la conquista de Persia, Alejandro se mostró resuelto a expandir su Imperio hasta la India. En 330 a. C., su ejército macedonio de más de treinta mil hombres partió hacia el este desde Ecbatana (Hamadán, Irán), siguiendo el curso de la ruta caravanera (Ruta de la Seda) que atravesaba las alturas del desierto de Rhaga (Teherán). Atravesaron las «Puertas Caspias», un estrecho desfiladero de los montes Elburz, y alcanzaron así la fértil Hircania, en la orilla meridional del mar Caspio. Allí establecieron el campamento, a unos 25 km al noroeste de la antigua ciudad de Hecatómpilos, sobre una enorme roca en la que había una caverna y una torrentera. Desde semejante bastión, Alejandro guio a parte de sus soldados para someter a las ciudades hircanias de los alrededores y allí recibió las embajadas de las tribus locales que acudían a solicitar su alianza (*vid.* Mapa 9).

Pero los mardos, unos rudos jinetes a caballo del oeste de la región, no cesaron en su resistencia. Alejandro se puso al frente de un contingente y avanzó hacia Poniente siguiendo el litoral sur del Caspio, con la intención de derrotar a aquella hueste nómada de ocho mil guerreros. Acabaron con muchos de ellos, pero el resto se desvaneció de inmediato en las montañas.

Los astutos mardos, replegados en una inexpugnable «fortaleza» situada sobre una colina y protegida por árboles entrelazados, llevaban las de ganar. Ambos bandos sufrieron cuantiosas bajas en las sucesivas escaramuzas y, para empeorar las cosas, los mardos capturaron a un grupo de macedonios que se había extraviado en aquel accidentado paisaje. Frustrado, Alejandro ordenó a sus hombres prender fuego al paraje. Sus palafreneros condujeron a los caballos reales hasta un lugar seguro mientras los mardos observaban desde las alturas. De improviso, un grupo de bárbaros descendió de las montañas y se incautó del mejor semental de la manada, el magnífico y estimado Bucéfalo, el corcel que Alejandro había montado en todas las batallas precedentes y que sabía arrodillarse para que su dueño se aupara sobre él. Furioso, Alejandro juró talar cada árbol y matar a cada habitante de aquellas tierras. Amenaza que se transmitió a los mardos en su propio idioma mediante un intérprete, seguramente un prisionero de guerra.

Según Diodoro, los mardos quedaron tan «aterrados» que de inmediato devolvieron a Bucéfalo, acompañándolo de ricos regalos. Pero Plutarco describe el intercambio de manera muy diversa. Los mardos roba-

ron a Bucéfalo, Alejandro les amenazó con represalias y los nómadas le devolvieron el caballo y le juraron lealtad; Alejandro trató amablemente a los miembros de esta tribu, e incluso pagó un generoso rescate a aquellos hombres que se habían mostrado tan hábiles en capturar a su semental. Al fin y al cabo, las acciones de los mardos resultaban coherentes con las costumbres nómadas relativas al pillaje de monturas y su estima por los líderes poderosos. La requisita de Bucéfalo dio lugar a una especie de diálogo y a un tanteo en el que cada parte pudo expresar su respeto mutuo. Semejantes capturas de caballos por obra de las amazonas aparecen descritas también en los mitos indios y asiáticos (Cap. 24). Y la respuesta de Alejandro demuestra hasta qué punto su comprensión del estilo de vida nómada se iba acrecentando.

El caso es que Alejandro pudo regresar a su campamento en Hircania a lomos de Bucéfalo. Una vez allí, recibió una visita inesperada: un nuevo ejército de esforzadas guerreras a caballo, compuesto por trescientas amazonas encabezadas por la reina Talestris.

### LA BÚSQUEDA DE LA REINA TALESTRIS

Reputada por su valentía y su belleza, Talestris había acudido desde sus tierras para conocer al hombre que había derrotado a los persas. «Maravillado por la inesperada llegada y por el digno espectáculo de las guerreras revestidas de sus armaduras», Alejandro le preguntó a Talestris el motivo de su visita. Ella le contestó que había tenido noticia de sus conquistas y que había decidido engendrar un hijo suyo. Talestris, en resumen, le propuso mantener relaciones sexuales. «Él era el más grande de todos los hombres por sus hazañas, y ella era superior a todas las mujeres por su fuerza y coraje», explica Diodoro, en el que se supone que es el relato más antiguo (siglo I a. C.) de cuantos han llegado hasta nosotros sobre esta escena; por consiguiente, «era de esperar que el fruto de tan superlativos padres sobrepasaría en excelencia a todos los mortales». Alejandro, «encantado con tal requerimiento, atendió ávidamente la petición». La pareja pasó junta trece días y trece noches. Al cabo de este periodo, Alejandro honró a la amazona con generosos regalos de despedida y Talestris partió al galope junto con su séquito.

Otro recuento temprano de este encuentro nos lo transmite, con mayor grado de detalle, Curcio, un historiador del siglo I d. C. Talestris, «enardecida por el



Itinerarios de Alejandro y Talestris. Mapa de Michele Angel.

deseo de visitar al rey», partió de sus tierras con una gran escolta. Cuando se aproximaba al campamento macedonio, la amazona envió por delante a sus emisarios para «dar noticia de que la reina deseaba conocer al rey y familiarizarse con él». Al punto Alejandro dio su permiso. Talestris cabalgó al interior del campamento, junto con un cortejo de trescientas mujeres, y dejó atrás al resto de sus fuerzas; a su llegada, ofreció a Alejandro magníficos regalos, como unos dorados atalajes para Bucéfalo o una capa de lana con escamas de oro para el propio monarca.

De hecho, Curcio nos ofrece una descripción general del típico atuendo amazónico y señala que Talestris portaba una vestimenta «anudada justo sobre la rodilla» (acaso una falda acomodada para cabalgar), con su pecho derecho velado y el otro descubierto. Asumiendo que Talestris fuera una auténtica arquera a caballo, las antiguas representaciones artísticas y los hallazgos arqueológicos nos permiten imaginarnos sus atavíos reluciendo con centenares de minúsculos apliques de oro con forma de animales: una túnica de seda de manga larga ceñida con un cinturón de elaborada hebilla de oro, unos pantalones o una falda recogida para cabalgar; unas suaves botas de cuero y una capa de piel de leopardo, atuendo que se completaría con un puñal al costado y un carcaj y un arco a la espalda.

da. Su caballo contaría con una manta profusamente bordada y con unos deslumbrantes atalajes de oro.

Tan pronto como vislumbró a Alejandro, Talestris echó pie a tierra, portando aún sus dos lanzas en la diestra. Observó al rey con descaro y ponderó su aspecto físico. Curcio nos dice que Talestris no se mostró precisamente impresionada por la escasa estatura y la apariencia ordinaria de Alejandro, que no consideró a la altura de la fama cosechada por sus heroicas hazañas. Los bárbaros, al fin y al cabo, asumían que únicamente los individuos dotados de una forma física superior y de un carisma majestuoso eran capaces de gestas gloriosas. Pese a todo, cuando Alejandro le preguntó si tenía alguna petición para él, ella le contestó sin rodeos que deseaba un hijo suyo; además, añadió que se consideraba una mujer digna de darle un heredero para su reino.

Así las cosas, la amazona le hizo una interesante promesa: Talestris cuidaría del vástago si era niña, pero si nacía niño lo enviaría con su padre, Alejandro. Este detalle del relato de Curcio prueba su autenticidad, pues refleja las prácticas tradicionales de cría de la prole por parte de las mujeres conocidas como amazonas y de los hombres que engendraban a los hijos de estas, tal y como las describen diversos historiadores antiguos. Los niños, en efecto, se devolvían con sus pa-

dres, que los adoptaban como sus herederos legítimos. Unos conciertos similares de *tutela* (el envío de niños y, en ocasiones, de niñas para que los educaran los clanes o tribus aliados) eran tradicionales entre las gentes del Cáucaso y otras tribus de Eurasia hasta la época moderna (Cap. 10).

Curcio añade otro detalle significativo: Alejandro le pidió a Talestris que se uniera a su caballería. Talestris declinó la invitación, para lo cual adujo que debía defender su propio país, pero persistió en su deseo de engendrar un hijo del macedonio. Su apetito sexual era mayor que el de Alejandro, comenta Curcio, pero este consagró trece días a satisfacer todos sus deseos.

En la Antigüedad, el acontecimiento adquirió de inmediato un aura legendaria. Y generó controversias, lo que no es de extrañar dado que hablamos de un héroe extraordinario, que más tarde sería venerado como un dios, que hace el amor con una gobernante identificada como la «reina de las amazonas». Buen número de historiadores discutieron el incidente; algunos aceptaron la historia, otros la pusieron en entredicho y aún otros describieron encuentros diversos con las amazonas. Plutarco, por ejemplo, en su imparcial biografía de Alejandro, admite que «la mayoría de los autores afirman que la reina de las amazonas acudió para verle en Hircania». Enumera hasta catorce fuentes para el episodio, pero le otorga más peso a la opinión de los autores más escépticos. Así, las cartas que en la Antigüedad se le atribuían a Alejandro resultan sospechosas en gran medida, pero Plutarco acepta la autenticidad de la que el monarca supuestamente le dirigió a Antípatro, el regente que había dejado en Macedonia. Resulta significativo, en opinión de Plutarco, que la carta hablara de un jefe escita que había ofrecido a su hija en matrimonio a Alejandro, pero que no hiciera mención alguna a Talestris. Ahora bien, no podemos pasar por alto la circunstancia de que dicha misiva abordaba únicamente los detalles políticos y militares de la campaña de Alejandro, así como sus motivos para continuar avanzando hacia la India, por lo que un devaneo sexual privado como este hubiera resultado irrelevante.

Plutarco repite también una popular anécdota sobre un intercambio que se supone habría tenido lugar entre dos viejos veteranos de las campañas de Alejandro. Según la tradición, cuando Onesícritos leía en voz alta su relato sobre la reina amazona ante Lisímaco, este sonrió afablemente y se preguntó: «Y ¿dónde estaba yo en aquellos días?». Lisímaco era entonces uno de los oficiales de Alejandro; quizá se encontraba al frente de otro contingente de tropas cuando Alejandro acampó cerca de Hecatómpilos y se desvió hacia el

oeste junto con veintitrés mil hombres para someter Hircania y a los mardos. El comentario, en todo caso, es enigmático: ¿se lamentaba Lisímaco entre bromas por haberse perdido el acontecimiento, o estaba desmintiendo toda la historia con socarronería? En definitiva, la narración de primera mano de Onesícritos sobre la campaña asiática, que conocemos solo a través de fragmentos, contiene muchos detalles valiosos, pero en ocasiones ha sido criticada por su tendencia a la exageración.

Por lo que respecta a las otras fuentes que han llegado hasta nosotros, Justino ofrece nuevos datos sobre el gran revuelo que la llegada de las amazonas, con su fastuosa apariencia, provocó en el campamento de Alejandro. Talestris «vestía de forma extraña para una mujer», sentencia Justino; y «el propósito de su visita suscitó la sorpresa general: llegaba para solicitar un intercambio sexual». Alejandro decidió permanecer trece días con su invitada. «Cuando Talestris estuvo segura de haber concebido, partió».

¿Hasta qué punto es creíble la historia de Alejandro y la amazona que quería un hijo suyo? Para un asunto tan sensacionalista como ese, la anécdota, tal y como nos ha llegado, parece sencilla y despojada de detalles dudosos o interpolados y, además, no concuerda con el guion habitual de los mitos griegos, basado en la violencia contra las amazonas. El episodio se inscribe en una secuencia de acontecimientos históricos cuya autenticidad se acepta en líneas generales. Muchos historiadores antiguos, de hecho, se sintieron obligados a incluir el incidente entre sus relatos, pues este les resultaba plausible a suficientes autores como para que al menos mereciera preservarse y discutirse. Plutarco, por ejemplo, se muestra receptivo, aunque señala que los autores más fiables fueron escépticos sobre el asunto. Estrabón, dubitativo por idénticas razones, acepta que las amazonas (esto es, las guerreras que vivían con o sin la compañía de hombres) habían habitado en el pasado en la región del mar Negro, el Cáucaso y el Caspio, pero no está enteramente convencido de que ciertas bandas renegadas de amazonas permanecieran activas todavía en época de Alejandro o incluso en la del propio Estrabón, trescientos años después, pese a que reconoce que muchos autores de su tiempo así lo afirman.

Por nuestra parte, no podemos aspirar a probar o refutar la historicidad del encuentro entre Talestris y Alejandro, pero sí podemos analizar cada elemento de esta y de las demás narraciones paralelas, para evaluar su plausibilidad en relación con el momento y el lugar en el que se supone que sucedieron los hechos. Comencemos con el lugar de origen de la reina y su viaje a Hircania.

## CAPÍTULO 22

# EL CÁUCASO, LA ENCRUCIJADA DE EURASIA

Las accidentadas montañas, los bosques, las gargantas, los ríos y valles, los pastos y las solitarias estepas que mediaban entre los mares Negro y Caspio han constituido durante milenios una encrucijada cultural y un turbulento crisol de diferentes lenguas, etnias y conflictos geográficos. En la Antigüedad, los aventureros griegos viajaron hasta los confines de este inmenso territorio, perteneciente a la antigua Escitia-Sarmacia, y establecieron allí factorías comerciales, trabaron contacto con gentes exóticas y escucharon sus emocionantes historias. Lo que los helenos vieron y escucharon en torno al mar Negro aderezó sus concepciones sobre los bárbaros y les indujo a tratar de imaginar qué es lo que existiría más allá del mundo que ya conocían: tribus de amazonas amantes de la guerra, grifos y, por qué no, fabulosos tesoros.

A caballo sobre la gran cordillera del Cáucaso, entre Europa y Asia, todo este territorio se había mantenido aislado durante largo tiempo a causa de la topografía y las diferencias idiomáticas, sometido a violentos conflictos y políticamente atomizado. A pesar de tan azarosa historia, los numerosos grupos étnicos de esta compleja región compartían antiguas tradiciones de una cultura nómada y seminómada basada en los caballos, la caza, el pastoreo, el pillaje y la guerra. Muchas de las numerosas lenguas que allí se hablaban parecen haber cambiado muy poco en los últimos dos mil años; al fin y al cabo, las influencias foráneas llegaron muy tarde, de la mano de los mongoles del este, los musulmanes del sur y los cristianos del oeste en época medieval-bizantina y de la de los rusos en época moderna. El área del Cáucaso septentrional (más de 1600 km entre el mar de Azov y el mar Caspio) incluye en la actualidad regiones de Rusia y Ucrania y numerosas repúblicas autónomas y en disputa tras el colapso de la Unión Soviética en 1991. Por su parte, el Cáucaso Meridional o Transcaucasia (los territorios antiguos de Abjasia, el Ponto oriental, la Cólquide, Iberia, Albania, Armenia y Media) engloba actualmente la república de Abjasia, el nordeste de Turquía, Georgia, Armenia, Azerbaiyán y el norte de Irán. En cada una de estas fronteras modernas se congregan una enorme diversidad de minorías étnicas, cada una con sus propios dialectos e historias.

Esta asombrosa diversidad de nombres es tan solo un pálido reflejo de la todavía más impresionante multiplicidad de pueblos que habitaban la zona en la Antigüedad. Las gentes de estas tierras contaban sus propias leyendas sobre sus gloriosos héroes y heroínas, algunos

de ellos imaginados y otros muchos basados en personajes históricos cuyas hazañas se tornaron legendarias. Las narrativas caucásicas, no obstante, apenas son conocidas en Occidente, debido entre otras cosas a que las culturas de esta región fueron siempre orales: a diferencia de los mitos e historias griegas, fijadas por escrito hace más de dos mil quinientos años, los mitos y crónicas caucásicos se conservaron en la memoria colectiva, perpetuándose generación tras generación gracias a la oralidad. Excepto el georgiano, de hecho, la mayoría de los idiomas caucásicos no tuvieron alfabeto hasta el siglo XX; el armenio, una lengua indoeuropea, se dotó de alfabeto en 405 d. C. y las primeras inscripciones osetias (antiguo iranio) datan de 950-1150 d. C. Durante milenios, las viejas leyendas y epopeyas caucásicas se cantaron en muy diversas lenguas por los bardos hasta que, en el siglo XIX, los viajeros y folcloristas europeos y rusos transcribieron por primera vez las historias que escuchaban a los narradores locales. Pese a todo, de momento solo unas doscientas del millar de tradiciones orales caucásicas registradas se han traducido al inglés. Los orígenes de todas estas historias, sagas, canciones, baladas y poemas del Cáucaso no pueden datarse con precisión, pero los especialistas coinciden en que conservan trazas de antiguos mitos indoeuropeos entremezclados con tradiciones locales. Las leyendas griegas del Cíclope y Prometeo, por ejemplo, podrían derivar de sendas tradiciones caucásicas acerca de un ogro de un solo ojo y de un gigante portador de fuego.

Muchas de estas sagas caucásicas, por cierto, hablan de heroínas que cabalgaban y batallaban con los hombres. Algunas de estas tradiciones sobre mujeres independientes podrían haber permeado en el arte y la literatura griegos. Así, ya vimos que la evidencia lingüística y artística apunta la posibilidad de que una saga abjasia tuviera cierto peso sobre las leyendas e imágenes helenas de Atalanta (Prólogo). Muchos de los topónimos y etnónimos que aparecen en los relatos griegos sobre la región no son sino la versión helenizada de nombres caucásicos, y algunas de las palabras que aparecen en los vasos griegos junto a las representaciones de escitas y amazonas transcriben idiomas caucásicos (Cap. 14). Y, tal y como ya se apuntó en el Capítulo 5, la propia palabra griega *amazona* parece encontrar sus raíces lingüísticas en el Cáucaso, quizá vinculadas al nombre de la reina guerrera circasiana Amezán, cuya historia se relata más adelante.

Los hallazgos arqueológicos de mujeres armadas precisamente en las áreas en las que los antiguos grie-



Cosroes divisa a Shirin bañándose. Su carcaj, arco y espada cuelgan de un árbol. Miniatura del *Khamsa de Nizami*, ca. 1420. Inv. I. 4628, S. 231, Museum für Islamische Kunst, Staatliche Museen, Berlín, bpk, Berlín/ Staatliche Museum/Art Resource, Nueva York.

traducidas del circasiano, el ingusetio y el lak; a partir de las leyendas y poemas épicos de Armenia y Azerbaiyán; a partir de un tratado militar grecorromano; y a partir de los recuentos que los primeros viajeros europeos redactaron sobre las historias que escucharon en la región. Algunos de estos relatos son míticos. Otros, como las historias de Tirgatao y Amage preservadas por Polieno, se refieren a acontecimientos históricos y a individuos que griegos y romanos consideraron de especial interés. Otros, finalmente, describen la vida de ciertos jinetes, cazadores, pastores, saqueadores, luchadores, amantes y líderes que resultaban ser mujeres: las hermanas esteparias de las mujeres enterradas junto con sus armas y caballos en los yacimientos dispersos por toda Escitia.

Las epopeyas acerca de vigorosas mujeres que combatieron contra hombres se distribuyen ampliamente entre las comunidades del norte del Cáucaso. Estas historias sobre las «amazonas» originales creadas en culturas no griegas difieren en alto grado de los mitos que se narraban en la Hélade. A diferencia de Hipólita, Pentesilea y sus grupos de mujeres, las heroínas del Cáucaso, por lo general, actuaban solas o bien formando parte

de ejércitos mixtos de hombres y mujeres. Este rasgo realista de la vida nómada fue captado en el primitivo empleo griego del sustantivo *amazona* para designar a un grupo étnico de hombres y mujeres, y también resulta coherente con los relatos de diversos historiadores griegos sobre amazonas que vivían o se asociaban con varones (Caps. 1, 8 y 10). Pero sí supone una crucial diferencia respecto de los mitos griegos, en los que los héroes siempre asesinaban a las amazonas incluso aunque las encontraran atractivas. Las otras culturas que interactuaron con las poderosas mujeres nómadas evocaron situaciones más pragmáticas e incluso imaginaron a las féminas como triunfadoras. Las guerreras de las sagas e historias no griegas podían sufrir trágicos reveses en su vida privada pero, a diferencia de las reinas míticas Hipólita, Antíope o Pentesilea, con frecuencia terminaban venciendo en batalla a los hombres.

gos ubicaban a las amazonas supone una evidencia palmaria de que las jinetes guerreras de las culturas esteparias existieron realmente y fueron contemporáneas a los griegos (Cap. 4). Estas mujeres de carne y hueso eran las amazonas descritas por los historiadores grecorromanos, de Heródoto a Orosio. Pero también encontramos numerosos casos de guerreras que se comportaban de modo semejante a los hombres retratadas en las tradiciones orales y literarias que se originaron *más allá* del mundo griego, en las culturas ajenas a la influencia helena que se desarrollaron en el Cáucaso, el Próximo Oriente, Asia Central y China. Datos estos que descartan definitivamente la teoría helenocéntrica según la cual las amazonas eran una invención exclusiva de los fantasiosos griegos.

Las siguientes narraciones sobre guerreras han sido recopiladas a partir de las leyendas orales del Cáucaso,



Y entonces, desde las corrientes del Termodonte de ancho curso, llegó Pentésilea, revestida de la belleza de las diosas, por dos motivos: por arder en deseos de una guerra luctuosa y, ante todo, por evitar una odiosa y vergonzosa reputación, no fuera que alguien en su propio pueblo la injuriara con reproches debido a su hermana Hipólita, por la cual se acrecentaba su pena: pues le había dado muerte ella con su robusta lanza, no de forma intencionada, sino al tratar de alcanzar a una cierva.

Quinto de Esmirna, *Posthoméricas*, 1.18-26,  
M. Toledano Vargas (trad.), Madrid, Gredos, 2004.

### **Contacto y entrevistas:**

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA

